







[www.loqueleo.com](http://www.loqueleo.com)

*Don Juan Tenorio*

© De esta edición:

2016, Distribuidora y Editora Richmond S.A.

Carrera 11 A # 98-50, oficina 501

Teléfono (571) 7057777

Bogotá – Colombia

www.loqueleo.com

• Ediciones Santillana S.A.

Av. Leandro N. Alem 720 (1001), Buenos Aires

• Editorial Santillana, S.A. de C.V.

Avenida Río Mixcoac 272, Colonia Acacias,

Delegación Benito Juárez, CP 03240,

Distrito Federal, México.

• Santillana Infantil y Juvenil, S.L.

Avenida de Los Artesanos, 6. CP 28760, Tres Cantos, Madrid

ISBN: 978-958-9002-30-8

Impreso en Colombia

Impreso por Editorial Delfín S.A.S.

Primera edición en Colombia: octubre de 2013

Primera edición en Loqueleo Colombia: abril de 2016

Tercera reimpresión en Loqueleo Colombia: enero de 2018

Prólogo:

Carme Riera

Estudio y notas:

Begoña Alonso Monedero

Fotografías interiores:

García-Pelayo/Juancho; Biblioteca Nacional de España/Laboratorio

Biblioteca Nacional de España; Algar/ Museo del Teatro, Almagro, España.

Dirección de Arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas y Julia Ortega

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.

# Don Juan Tenorio

josé Zorrilla



loqueleg



# Prólogo

por Carme Riera

7

Escribo este prólogo para tratar de convencerte de que leas este libro. De entrada no me resulta fácil. No es precisamente *Don Juan Tenorio* una de mis obras predilectas. ¿Por qué habría de mentirte? Pero sí, en cambio, creo que es una de las piezas claves del Romanticismo español y que es necesario conocerla si queremos captar no sólo el espíritu romántico sino también adentrarnos en la historia de uno de los mitos literarios que aún pervive en una época en que la literatura ha dejado de ser un referente fundamental. Todavía hoy se dice de alguien que es un don Juan cuando en un plis plas es capaz de conquistar a la primera chica que se le ponga por delante, causando, normalmente, la envidia de amigos y compañeros. Todos conocemos algunos donjuanes cuyo comportamiento sigue siendo admirado o detestado por igual.

Si te interesa saber cuáles son los orígenes del donjuanismo, cómo actuaba don Juan Tenorio para conquistar a las mujeres y cómo éstas se dejaban seducir sobre todo por su labia, el texto de Zorrilla te resultará muy útil. Los antecedentes del personaje hay que buscarlos en la Edad Media,

una época en la que, por descontado como en todas, los seductores andaban sueltos y al acecho, casi como el lobo de Caperucita, y uno de ellos, tal y como recoge una leyenda, yendo un día camino de misa, no precisamente con intención devota, sino para tratar de ver si en la iglesia podría ligar, se encontró con una calavera a la que dio primero un puntapié y después la invitó aquella misma noche a una fiesta. Profanaba así, por partida doble, el respeto a los muertos, sin esperar, naturalmente, que la calavera habría de aceptar el convite.

Encontramos también en Europa otras leyendas que hacen referencia a los mismos motivos, lo que significa que tenían una difusión muy amplia. De ellos se aprovechó Tirso de Molina, seudónimo utilizado por Gabriel Téllez, fraile mercedario español y uno de los autores de obras dramáticas más reconocido del Siglo de Oro, para escribir *El burlador de Sevilla y convidado de piedra*.

En *El burlador de Sevilla y convidado de piedra*, Tirso cambia la calavera por una estatua sepulcral que también habla, pero mantiene el desafío del seductor de cuyas innumerables conquistas da cuenta, acentuando su maldad, una maldad que le lleva a condenarse y acabar ardiendo eternamente en el fuego del infierno para pagar sus culpas. Lo que en las leyendas se apuntaba más o menos vagamente, en la obra de Tirso, como después en la de Zorrilla, se nos muestra con el detalle que permite la escenificación, e igual ocurre con la caracterización de la figura de don Juan. Un personaje controvertido y paradójico, cuyas conquistas, a menudo llevadas a cabo con mentiras, promesas falsas,

engaños, simulaciones e incluso con lo que hoy consideraríamos directamente abusos sexuales o violaciones, en vez de hacerle cada vez más detestable, le convierten en más famoso y admirado, claro está que por aquellos que no han sido objeto de sus burlas.

En la época de Tirso, eso es durante el siglo XVII, las mujeres perdían su honor y el de su familia, cuando eran deshonradas. ¿Qué significaba eso? Sencillamente que, si dejaban de ser vírgenes antes del matrimonio y éste no se llevaba a cabo o si una vez casadas se acostaban con un hombre distinto a su marido, el padre o el hermano mayor de la mujer, si era soltera, o el marido, si era casada, debía matarla, lo mismo que al causante de su deshonor, ya que sólo así, con la sangre del ofensor y la de su víctima, derramada a manos del ofendido, se podía reparar la pérdida del honor familiar. En el contexto de esa costumbre bárbara, por suerte, más literaria que real, se comprende mejor la fama de don Juan, que tantas deshonoras ha causado siempre de manera impune y que sólo al final es castigado con el infierno.

Zorrilla, al ubicar su obra en la misma ciudad de Sevilla que Tirso y entre 1545 y 1550, toma como referente un contexto social que a nosotros se nos tiene que antojar por fuerza remoto. En una sociedad laica y de costumbres sexuales cada vez menos rígidas en la que las relaciones prematrimoniales son corrientes, resulta difícil entender los aspectos transgresores que tanto excitan a Don Juan Tenorio, en especial, por lo que atañe a la seducción de una novicia, que no deja de ser una mujer consagrada a Dios que

se prepara para ser esposa de Cristo. También por eso don Juan será comparado a Satanás en más de una ocasión. Sin embargo, el Tenorio acaba por salvarse en la obra de Zorrilla y ése es su principal valor y su mayor novedad. El amor de doña Inés le redime del infierno al que había sido condenado. Por primera y única vez en su vida don Juan se ha enamorado. Lo que antes había sido un incontenible deseo sexual, o quizá sólo el burdo instinto de un depredador capaz de jactarse en público del número de mujeres seducidas —setenta y dos sólo en un año— se convertirá en un sentimiento mucho más complejo que le llevará a arrepentirse de sus excesos. Como buen romántico, Zorrilla apuesta por el amor como salvación. El amor por doña Inés son las alas que permiten elevarse a don Juan por encima de sus fechorías, después de haberse enfrentado a Dios, culpándole de su nefasto destino. También en eso muestra Zorrilla una tendencia netamente romántica: ¿Hasta qué punto el destino influye en nuestros actos? ¿Hasta qué punto podemos sustraernos a él? Esas preguntas que quedan sin respuesta sirven, sin embargo, para minimizar la maldad de don Juan y que así resulte menos responsable de sus inmoralidades. Don Juan, pese a afirmar que no cree en el más allá y que, en consecuencia, no teme el infierno, no deja de ser un católico que sabe hasta qué punto ha cometido los pecados de los que se vanagloria. Si no fuera así, si no supiera que su conducta es transgresora, la salvación final tendría mucho menos sentido. La aparición del espíritu de don Gonzalo, Comendador de Calatrava, padre de doña Inés, que acepta el desafío de cenar con el Tenorio, y el de doña

Inés, le permiten, además, darse cuenta de que el más allá existe y rectificar a tiempo, arrepintiéndose justo antes de morir.

Las mujeres desempeñaron un papel importante en el Romanticismo, ya que ese movimiento revalorizaba los sentimientos frente a la razón de la que nosotras, según la misoginia ancestral, carecíamos, de ahí la enorme cantidad de escritoras, poetisas en su mayoría, que surgen entonces en toda Europa. Pero la vindicación del amor era, sin embargo, un arma de doble filo que las sometía quizá aún más a los hombres que, por aquella época, seguían considerando a las mujeres seres en dependencia, seres a su servicio. Si nos fijamos bien, es doña Inés la que está al servicio de don Juan, no a la inversa. Es necesario que sea pura, inocente e ingenua para poder contrarrestar con estas virtudes los defectos de don Juan.

11

No es el de don Juan uno de mis mitos predilectos. Su arrogancia, chulería y bravuconería —demostrada de sobra en la apuesta contra su amigo Luis Mejía, sobre cuál de los dos podrá aportar un mayor número de mujeres deshonoradas, o lo que es lo mismo, de piezas cobradas como si de una cacería se tratara—, ese aire de «usted no sabe quién soy» o «usted no sabe con quién está hablando», típicos del personaje, nos lo hacen, creo, terriblemente antipático. Sólo sus iguales donjuanescos pueden hoy, me parece, sentirse satisfechos de los orígenes españoles —por otro lado, discutibles— del burlador. No obstante, la obra de Zorrilla, que durante muchos años se representó el Día de Difuntos, al traer a escena a los espíritus del padre de doña Inés, para

vengarse de la afrenta de don Juan y a ésta, contrariamente, para salvarle, puede llegar a sobrecogernos, ya que, por mucho que haya cambiado la situación de los hombres, y sobre todo la de las mujeres, desde el Romanticismo a nuestros días, el más allá no deja de ser un enigma irresoluble.

*Don Juan Tenorio*

José Zorrilla  
Madrid, marzo de 1844

*Al señor DON FRANCISCO  
LUIS VALLEJO, en prenda  
de buena memoria, su mejor  
amigo.*



Personas que hablan:

DON JUAN TENORIO.

DON LUIS MEJÍA.

DON GONZALO DE ULLOA,  
comendador de Calatrava.

DON DIEGO TENORIO.

DOÑA INÉS DE ULLOA.

DOÑA ANA DE PANTOJA.

CRISTÓFANO BUTTARELLI.

MARCOS CIUTTI.

BRÍGIDA.

PASCUAL.

EL CAPITÁN CENTELLAS.

DON RAFAEL DE

AVELLANEDA.

LUCÍA.

LA ABADESA DE LAS

CALATRAVAS DE SEVILLA.

LA TORNERA DE ÍDEM.

GASTÓN.

MIGUEL.

UN ESCULTOR.

DOS ALGUACILES.

UN PAJE (que no habla).

LA ESTATUA DE DON  
GONZALO (el mismo).

LA SOMBRA DE DOÑA INÉS  
(ella misma).

CABALLEROS SEVILLANOS,  
ENCUBIERTOS, CURIOSOS,

ESQUELETOS,

ESTATUAS, ÁNGELES,

SOMBRAS,

JUSTICIA Y PUEBLO.

*La acción, en Sevilla,  
por los años 1545, últimos  
del emperador Carlos V.*

*Los cuatro primeros actos  
pasan en una sola noche.*

*Los tres restantes, cinco años  
después, y en otra noche.*







CIUTTI. *(Señalando a DON JUAN.)*  
Y todo ello a costa ajena.

BUTTARELLI. ¿Rico, eh?

CIUTTI. Varea la plata<sup>2</sup>.

BUTTARELLI. ¿Franco?

CIUTTI. Como un estudiante.

19

BUTTARELLI. ¿Y noble?

CIUTTI. Como un infante.

BUTTARELLI. ¿Y bravo?

CIUTTI. Como un pirata.

BUTTARELLI. ¿Español?

CIUTTI. Creo que sí.

BUTTARELLI. ¿Su nombre?

CIUTTI. Lo ignoro en suma<sup>3</sup>.

---

<sup>2</sup> *Varea la plata*: maneja mucha plata, dinero.

<sup>3</sup> La respuesta de Ciutti mantiene el suspense en la escena sobre la identidad del personaje enmascarado.

BUTTARELLI. ¡Bribón! ¿Y dónde va?

CIUTTI. Aquí.

BUTTARELLI. Largo plumea<sup>4</sup>.

CIUTTI. Es gran pluma<sup>5</sup>.

BUTTARELLI. ¿Y a quién mil diablos escribe tan cuidadoso y prolijo?

CIUTTI. A su padre.

BUTTARELLI. ¡Vaya un hijo!

CIUTTI. Para el tiempo en que se vive, es un hombre extraordinario. Pero... calla.

DON JUAN. *(Cerrando la carta.)*  
Firmo y plego.  
¿Ciutti?

CIUTTI. ¿Señor?

---

<sup>4</sup> *Largo plumea*: mucho escribe.

<sup>5</sup> *Es gran pluma*: es gran escritor.